La actualidad de una vida ejemplar

La próxima beatificación de Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, constituye para mí un gran motivo de júbilo, y el cumplimiento de un deseo que manifesté por escrito al Santo Padre Pablo VI —le rogué que introdujese cuanto antes su causa de canonización— apenas tres días después de su muerte. En aquella carta manifestaba al Papa mi profundo convencimiento de la santidad de Mons. Escrivá, y de la apremiante actualidad de su mensaje: la santificación del trabajo diario.

Quiero ahora poner por escrito algunas reflexiones personales sobre el beneficio que para todo el Pueblo de Dios supone esta beatificación, en el umbral del tercer milenio. Como es sabido, el Concilio Vaticano II proclamó, con un nuevo acento teológico y espiritual, el principio de la llamada universal a la santidad. Esta llamada, dirigida por el Señor a todos los bautizados por el solo hecho de serlo, fue calificada por Pablo VI como el centro y el fin último de toda la doctrina conciliar. Juan Pablo II ha añadio que Mons. Escrivá es hoy unánimemente reconocido como precursor de este núcleo del magisterio del Concilio.

Precursor: no sólo por haber proclamado desde 1928 la llamada universal a la santidad, sino por haberlo hecho de modo práctico, diligente e institucional, estimulando a millares de fieles a procurar santificarse en medio del mundo, en el trabajo, en el ámbito familiar, en el corazón de las estructuras sociales. De hecho, este ideal es hoy una espléndida realidad para los miles de miembros de la Prelatura del Opus Dei, y para las innumerables personas que, sin pertenecer a esta institución, reciben formación cristiana gracias al benéfico influjo de su espiritualidad.

Escrivá fue un excelente evangelizador en múltiples foros

La esencia del mensaje confiado por Dios a Josemaría Escrivá el 2 de octubre de 1928, fecha de la fundación del Opus Dei, consiste en la centralidad del trabajo para la búsqueda de la santidad propia y ajena en medio del mundo. Se trata del trabajo ordinario, de todos los días: de la actividad que ocupa la mayor parte de la jornada del ciudadano común. Con una de sus expresiones más lapidarias, monseñor Escrivá de Balaguer escribe: «Para la mayor parte de los hombres ser santo quiere decir santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás mediante el propio trabajo».

El Fundador del Opus Dei nos enseña a transformar, con el auxilio de la gracia, la jornada de trabajo —de duro trabajo, quizá— en una «sonrisa cotidiana»: lo mismo que Jesús, María y José en el taller y en el hogar de Nazareth. Cristo pasa la mayor parte de su vida terrena trabajando como artesano. Mons Escrivá ha proyectado una luz nueva sobre la vida oculta del Señor en Nazareth: en ella, con su gracia, el trabajo cotidiano es obra divina, actividad redentora, camino de salvación. Es conmovedor darse cuenta de esta amable realisad: ha habido un hombre sobre la tierra cuyo trabajo, en una carpintería de aldea, ha sido para todos los hombres «causa de salvación eterna» (Heb 5, 9).

De ahí que el cristiano esté llamado a santificarse en el trabajo, es decir, a alcanzar el culmen heroico de todas las virtudes en el ámbito de la actividad profesional diaria; a santificar el trabajo mismo, o sea, a realizarlo con perfección humana y con espíritu de oración y de ofrecimiento, haciendo explícita en su contenido objetivo la presencia de Cristo; y a santificar a los demás mediante el trabajo, es decir, convertirse en apóstol entre los colegas y compañeros, ayudándoles a acercarse a Dios y a la iglesia mientras trabaja codo con codo con ellos.

Quiero poner de relieve un dato de hecho: en mis contactos con miembros del Opus Dei que son profesionales de los medios de comunicación, he podido comprobar siempre la verdad empírica y práctica con la que encarnan tales principios en su quehacer. Tienen una preparación técnica y profesional excelente, aman la perfección del trabajo bien hecho, se nota que lo transforman en oración incesante, y ciertamente, a través de sus manifestaciones periodísticas, lo ponen noblemente al servicio del espíritu; al mismo tiempo ayudan a sus compañeros de profesión, y a cuantos entran en relación con ellos, a aproximarse a la fe y a loa sacramentos.

Terminaré con una consideración circunstancial, pero importante: en nuestros países de la Europa central y oriental, con frecuencia faltan motivos vitales y estimulantes para desarrollar con alegría y perfección el trabajo cotidiano. Es obvio que, mientras no exista esa motivación, será difícil —si no imposible— el verdadero progreso de estas regiones del mundo. Por tantas razones sobre las que no es del caso ofrecer detalles, la hegemonía comunista de la que hemos salido, aunque proclamaba ser el régimen de los trabajadores, nos ha dejado una

La última audiencia de Juan XXIII

¿Qué pensaba el Papa Juan XXIII sobre Josemaría Escrivá de Balaguer y sobre el Opus Dei?

Puedo responder a esa pregunta con las palabras que escuché directamente del Papa Roncalli en un contexto íntimo y espontáneo: durante una audiencia concedida a un matrimonio español con dos de sus hijos, entre ellos quien firma estas líneas.

Era el 13 de mayo de 1963. Fue el último día en que Juan XXIII concedió audiencias especiales: tres semanas más tarde, el 3 de junio, falleció. En aquella audiencia, el Papa nos habló, entre otras cosas, de la familia. Mi padre le mostró una fotografía de nuestra familia al completo —tengo diez hermanos—; Juan XXIII la miró detenidamente y la bendijo. Pero no voy a detenerme ahora en esos y otros detalles; me limitaré a recordar lo que nos dijo sobre el Opus Dei y su fundador, a quien Juan Pablo II beatifica hoy.

Tanto mi padre como los dos hermanos allí presentes éramos ya entonces miembros de la Obra. Como es natural, mediada la conversación, hicimos saber al Papa este hecho, pensando que le alegraría.

Al oír aquello, Juan XXIII aludió a su estancia, durante los viajes que había realizado a España, en algunos centros del Opus Dei, concretamente en Santiago de Compostela y en Zaragoza. Tenía un grato recuerdo de esos días. Pero entonces —nos confió con aquella sencillez tan suya— aún no había llegado a percatarse de toda la trascendencia que el Opus Dei tenía en la vida de la Iglesia: creía que se trataba de una fundación más —«de esa España tan pródiga en fundaciones», añadió—, de alcance solamente nacional. Sin embargo, prosiguió, se había caído la venda de sus ojos —y, para subrayar sus palabras, se llevó las manos a los ojos y las bajó a continuación—: había visto con claridad que el Opus Dei era un instrumento de proyección universal enviado por el Espíritu Santo para la Iglesia de este siglo y del futuro. El Papa, con la perspectiva que le daba ocupar la cátedra de Pedro, nos explicó que era consciente del gran servicio que el Opus Dei estaba prestando a la Iglesia, así como de la universalidad de sus horizontes, pues —como él mismo señaló— estaba llevando el Evangelio a todos los rincones de la tierra y a todas las capas de la sociedad.

Después de hacer aquellos comentarios sobre el Opus Dei, quiso añadir unas palabras sobre monseñor Escrivá: «Admiro al fundador, y le quiero mucho; precisamente hace unos días le he enviado unos libros». En ese momento, le dije que yo vivía con él, en la sede central de la Obra. Y el Papa: «Le quiero mucho —repitió—; dile que le bendigo a él y al Opus Dei de todo corazón.»

Juan José ESPINOSA

ABC (Madrid) - 17/05/1992, Página 64
Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa, con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los productos que se contrate de acuerdo con las condiciones aplicables.
Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Entre las muchas peticiones dirigidas al Vaticano para la causa de beatificación destacan las de cientos de obispos

pesada herencia de pasividad, cuando no de pereza, en el trabajo. Un corazón polaco, por eso, es particularmente sensible a la espiritualidad del Venerable Josemaría Escrivá de Balaguer y por ende a su esperada beatificación, y ello porque el axioma fundamental de esta espiritualidad, que consiste en la compenetración entre la santidad personal y la perfección profesional, aporta una bocanada de oxígeno a los países donde el régimen marxista a menudo ha hecho el trabajo odioso para la gente, porque no está justamente recompensado ni, tal vez, tampoco lógica y moralmente justificado.

La incipiente economía de mercado puede lograr espolearnos con el incentivo del lucro; sin embargo, como es evidente en el Occidente próspero, tampoco ésta es una verdadera solución que libre nuestras vidas del vacío y del tedio.

Una nueva perspectiva que oriente el trabajo no sólo hacia la utilidad individual y social, sino también hacia un objetivo superior, percibido por los hombres y socialmente deseado, hace ese esfuerzo humano —aún en las difíciles condiciones actuales— menos penoso y sin apariencia de castigo.

Además, la perfecta armonización entre el trabajo intelectual y el manual atenúa la exagerada confrontación entre el intelectual, por un lado, y el obrero y el campesino por otro.

En estas circunstancias, pienso en la singularísima importancia que puede tener entre nosotros el carisma fundacional de Mons. Escrivá de Balaguer: nuestro característico y ancestral catolicismo, rejuvenecido por la linfa vital del que será beatificado el próximo 17 de mayo, podría ser no sólo una solución al problema personal del sentido de la existencia, sino también una gran energía para una movilización cultural y social, que nos ayude a trabajar más y mejor también cuando, como ahora, faltan estímulos humanos más inmediatos. Sería éste un feliz «añadido» evangélico propuesto por Nuestro Señor a nuestros países ex comunistas, por medio del espíritu del Fundador del Opus Dei.

Reafirmó, en suma, mi júbilo por su beatificación.

Cardenal Andrzej DESKUR

Monseñor Romero: Agradezco lo que ha hecho por El Salvador

Beatísimo Padre:

Muy recientemente aún el día del fallecimiento de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, creo contribuir a la mayor gloria de Dios y a bien de las almas solicitando a Vuestra Santidad la pronta apertura de la causa de beatificación y canonización de tan egregio sacerdote.

Tuve la dicha de conocer a monseñor Escrivá de Balaguer personalmente y recibir de él aliento y fortaleza para ser fiel a la doctrina inalterable de Cristo y para servir con afán apostólico a la Santa Iglesia Romana y a esta parcela de Santiago de María que Vuestra Santidad me ha confiado. Conozco, desde hace años, la labor del Opus Dei aquí en El Salvador y puedo dar fe del sentido sobrenatural que lo anima y la fidelidad a la doctrina del Magisterio eclesiástico que lo caracteriza.

Personalmente debo gratitud profunda a los sacerdotes de la Obra a quienes he confiado con mucha satisfacción la dirección espiritual de mi vida y de otros sacerdotes. Personas de todas clases sociales encuentran en el Opus Dei orientación segura para vivir como hijos de Dios en medio de sus obligaciones familiares y sociales. Y esto se debe a la vida y doctrina de su fundador.

En este mundo conmocionado, invadido por la inseguridad y la duda, es un signo de especial gracia de Dios la delicada fidelidad doctrinal que caracteriza al Opus Dei. Monseñor Escrivá de Balaguer supo unir en su vida un diálogo continuo con el Señor y una gran humanidad: se notaba que era un hombre de Dios y su trato estaba lleno de delicadeza, cariño y buen humor. Son muchísimas las personas que, desde el momento de su muerte le están encomendando privadamente sus necesidades.

Beatísimo Padre: reitero humildemente mi petición de que se abra prontamente la causa de beatificación y canonización de monseñor Escrivá de Balaguer, para mayor gloria de Dios y de su Iglesia.

Con filial afecto y sumisión besa Vuestro Anillo

Santiago de María, 12 de julio de 1975

Oscar A. ROMERO

Monseñor Roca: Enseñó a todos a ser santos

Beatísimo Padre:

Postrado filialmente a los pies de Vuestra Santidad, pido con estas letras postulatorias la incoación de la causa de beatificación y canonización de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, por estimar que la introducción de este proceso puede redundar en frutos espirituales para el pueblo cristiano y en gloria de Dios Nuestro Señor.

Conocí personalmente a monseñor Escrivá de Balaguer en Madrid, en el mes de mayo de 1939, antes de ingresar en el seminario para recibir la formación sacerdotal.

Aquella primera entrevista quedó profundamente grabada en mi espíritu de forma que, a pesar del tiempo transcurrido, la recuerdo todavía perfectamente.

Era entonces —y lo fue siempre— un sacerdote ejemplar, lleno de afanes apostólicos y de entrega a sus hermanos en el sacerdocio.

Ya en el seminario, en octubre de 1940, asistí a unos ejercicios espirituales predicados por él. Durante los primeros años de la década de los cuarenta, le traté con cierta frecuencia y más tarde, volvimos a coincidir en Roma.

La personalidad de monseñor Escrivá de Balaguer no era nada común: era una personalidad extraordinaria

Poseía una rica y exuberante interioridad que se traducía externamente en su palabra acertada y sobrenatural y en una fina caridad.

Su continua dinámica interior se expresaba en dimensiones muy variadas de humanidad y en actitudes que denotaban un hondo sentido cristiano y sacerdotal.

Si tuviera que dar unas pinceladas que resumiesen mis recuerdos personales, hablaría de cordialidad, de entereza en la afirmación de la fe y en el amor a la Iglesia, de amistad franca —a veces, se podría decir casi ruda— y de una riquísima sensibilidad.

Es conocido de todos que, al fundar el Opus Dei se adelantó con clarividencia notable a la valoración del laicado dentro de la misión total de la Iglesia: en medio de dificultades e incomprensiones, enseñó constantemente la llamada universal de los cristianos a la santidad, la santificación del trabajo ordinario y de las situaciones normales de la vida familiar y social y el deber de hacer apostolado que compete a todo bautizado por el hecho de ser discípulo de Jesucristo.

En su catequesis, subrayaba la obligación que tienen los cristianos de ser, en medio del mundo, fermentos de paz, de justicia y de alegría a partir de serias opciones, inspiradas en las fuentes del Evangelio.

En este aspecto, es justo decir que respetó cuidadosamente la autonomía y libertad de sus hijos en sus actuaciones temporales. Fue este un principio que mantuvo siempre y que inculcó de muchos modos. Mi opinión es que sus afirmaciones eran totalmente sinceras.

He de reconocer que el crecimiento del Opus Dei me parece prodigioso y, en cierto sentido, inexplicable desde un punto de vista meramente humano.

Pienso que es un hecho bastante excepcional, que se ha dado pocas veces en la historia de la Iglesia, como ocurrió, por ejemplo, en la difusión del monacato, la extensión de los franciscanos o de la Compañía de Jesús. El crecimiento del Opus Dei diría que ha sido, incluso, más rápido.

Aunque los motivos expuestos (y otros que se podrían aducir) respaldan la validez del Opus Dei como camino de santificación para muchos cristianos, siempre me ha parecido que la máxima garantía del auténtico valor eclesial de la Obra, fundada y dirigida por Monseñor Escrivá de Balaguer, es la amplia y confiada aprobación que recibió de las supremas instancias de la Iglesia jerárquica.

Monseñor Escrivá, que demostró en todo momento un gran amor a la Jerarquía eclesiástica y, de modo muy particular, al Romano Pontífice, encontró en el alto juicio de la Sede Apostólica, el refrendo más autorizado de su labor apostólica y la certificación visible del carisma que Dios le quiso conceder.

Por todas estas razones, reitero, Santo Padre, mi petición en la confianza de que la introducción de la Causa de Beatificación y Canonización de monseñor Escrivá de Balaguer podrá contribuir a la prosperidad de la Santa Iglesia.

Humilde y filialmente solicita la Bendición Apostólica de Vuestra Santidad.

Murcia, 17 de Julio de 1975

M. ROCA CABANELLAS

ABC (Madrid) - 17/05/1992, Página 65
Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición sin resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los productos que se contrate de acuerdo con las condiciones existentes.